

III.

(De las mismas Memorias.—Junio de 1730.)

Estudiar en sí mismo y estudiar á los hombres en los mismos hombres, es un estudio muy útil para aprender el arte de ser dichosos en el mundo, y de serlo de una manera noble y digna del hombre; pero es un trabajoso estudio, que pide una constancia, un gusto y un discernimiento raros..... Vemos en las *Reflexiones de la Rochefoucault*, en los *Caractères de la Bruyère* y en las *Máximas de GRACIAN*, lo que pasa en el trato de los hombres, lo que hay de más íntimo en nosotros mismos; los medios, en fin, de hallar en el mismo trato de los hombres el agrado, la felicidad que buscamos.....

Monsieur Arnelot (en su traducción) ha intitulado la obra *El hombre de la corte*. ¿Es justo este título? ¿Conviene al objeto de GRACIAN? Este autor no tuvo más fin que llevarnos á la virtud, pero á la virtud clarísima y prudente.

La obra sirve de igual modo lo mismo al cortesano, que al guerrero, que al negociante, que al eclesiástico, etc.; porque la prudencia es necesaria en todos los estados de la vida humana.

Esta es una colección de máximas que encierran, por decirlo así, un arte de prudencia; el arte de vivir de una manera del hombre y de ser dichoso en el trato de los hombres..... Por ellas se ve cómo el hombre debe proceder con respecto á sí mismo, con respecto á los otros hombres y con respecto á Dios; es decir, lo que se debe á sí mismo, lo que debe al mundo y lo que debe á Dios, para ser feliz en este mundo antes de poseerlo en el otro.

IV.—DE BOUTERVECK.

(Historia de la Literatura Española.)

Tiempo había que los pedantescos comentadores de Góngora escribían en prosa con ridícula afectación, pero ningún talento superior había sido intencionado de este contagio antes que Lorenzo ó BALTASAR GRACIAN fuese el autor de moda. No mencionan los literatos circunstancia alguna de la vida de este escritor notable. Sólo se sabe que murió el año de 1632. Parece como que él mismo quiso ocultar su existencia literaria, porque las obras que aparecen cual de Lorenzo Gracian, pasan como de BALTASAR, jesuita y hermano de aquél. Nada consta de este Lorenzo, que ha dado nombre á los escritos de su hermano, que en efecto son medianamente jesuíticos.

Tratan, en general, de la moral del gran mundo, de la teología moral, de la poética y de la retórica. El más voluminoso de todos es el que tiene el pedantesco título de *El Criticon*, cuadro alegórico y moral de la vida humana, dividido en períodos, que el autor llama *crisis*. Prueba este libro que GRACIAN pudo ser un escritor excelente, si no hubiese querido ser un escritor extraordinario. Se reconoce en él un fino ingenio, que entra en muchas consideraciones fuera del orden vulgar, y que para nada tener de vulgar, se ve compelido á renunciar á lo natural y al sentido común. Se contempla en todo un gran esfuerzo de talento, pero del talento más sutil, que se expresa en el lenguaje más precioso; y esta suerte de talento y de lenguaje sorprende, sobre todo en una obra cuya objeto es verdaderamente grande, pues que trata de las relaciones esenciales del hombre con la naturaleza y con su autor. Hay, sin embargo, mucho más esmero en los escritos pequeños de GRACIAN, en que desarrolla su teoría sobre las facultades intelectuales y de la habilidad, que hace que se salga bien en las cosas del mundo (1). En estos libros se encuentran observaciones muy atinadas, expresadas muy inteligiblemente. En otro tiempo se leía mucho su *Oráculo manual*, especie de colección de máximas útiles, mezcla de bueno y de malo, de sana razón y sutilezas sofisticas. No olvida el gran principio de la moral práctica de los jesuitas, «hacerse á todos», ni su máxima favorita, que para ser buena necesitaría tener una interpretación diferente, «en nada vulgar.»

(1) Reduce GRACIAN todos los talentos y todas las facultades del talento á dos principales, que llama *genio é ingenio*. Estos son los dos ejes de la gloria del hombre de mérito.

EL DISCRETO,

DE BALTASAR GRACIAN,

QUE PUBLICÓ

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA;

GENIO Y INGENIO.

ELOGIO.

Estos dos son los dos ejes del lucimiento discreto; la naturaleza los alterna y el arte los realza. Es el hombre aquel célebre Microcosmos, y el alma, su firmamento. Hermanados el genio y el ingenio, en verificación de Atlante y de Alcides, aseguran el brillar, por lo dichoso y lo lucido, á todo el resto de prendas.

El uno sin el otro fué en muchos felicidad á medias, acusando la envidia ó el descuido de la suerte.

Plausible fué siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación; y al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio.

Juiciosamente algunos, y no de vulgar voto, negaron poderse hallar la genial felicidad sin la valentía del entender; y lo confirman con la misma denominación de genio, que está indicando originarse del ingenio; pero la experiencia nos desengaña fiel, y nos avisa sabia, con repetidos monstruos, en quienes se censuran barajados totalmente.

Son culto ornato del alma, realces cultos; mas lo entendido, entre todos corona la perfección. Lo que es el sol en él mayor, es en el mundo menor el ingenio. Y aún por eso fingieron á Apolo dios de la discreción. Toda ventaja en el entender lo es en el ser; y en cualquier exceso de discurso no va ménos que el ser más ó ménos persona.

Por lo capaz se adelantó el hombre á los brutos, y los ángeles al hombre, y aún presume constituir en su primera formalísima infinidad á la misma divina esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido.

Un sentido que nos falte, nos priva de una gran porción de vida, y deja como manco el ánimo. ¿Qué será faltar en muchos un grado en el concebir y una ventaja en el discurrir, que son diferentes eminencias?

Hay á veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la sustancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella.

Bien pudiera de muchos exclamar crítica la vulpeja: ¡oh, testa hermosa, mas no tiene interior! En tí hallo el vacuo, que tantos sabios juzgaron imposible. Sagaz anatomía mirar las cosas por dentro; engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y si calláre, podrá desmentir el más simple de los brutos á la más astuta de ellos, conservando la piel de su apariencia. Que siempre curaron de necios los callados, ni se contenta el silencio con desmentir lo falso, sino que lo equivoca en misterioso.

Pero el galante genio se vió sublimado á deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageración de su importancia á precio de su eminencia; los que más moderadamente erraron, lo llamaron inteligencia asistente al menor de los universos. Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinación.

Sea, pues, el genio singular, pero no anómalo; sazonado, no paradojo; en pocos se admira como se desea, pues ni aún el heroico se halla en todos los príncipes, ni el culto en todos los discretos.

Nace de una sublime naturaleza, favorecida en todo de sus causas; supone la sazón del temperamento para la mayor altura de ánimo, débesele la propensión á los bizarros asuntos, la elección de los gloriosos empleos, ni se puede exagerar su buen delecto.

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, ó en la conformidad ó en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasión, y no pocas la obligación, barajando los empleos á los genios; vistiera prudente toga el que desgraciado arnes; acertado aforismo el de Chiló, conocerse y aplicarse.

Comience por sí mismo el discreto á saber, sabiéndose; alerte á su Minerva, así genial como discursiva, y déle aliento si es ingenua. Siempre fué desdicha el violentar la cordura, y aún urgencia alguna vez, que es un fatal tormento, porque se ha de remar entónces contra las corrientes del gusto, del ingenio y de la estrella.

Hasta en los países se experimenta esta connatural proporción, ó esta genial antipatía; más sensible-

mente en las ciudades, con fruición en unas, con desazon en otras; que suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento. La misma Roma no es para todos genios ni ingenios, ni á todos se dió gozar de la culta Corinto. La que es centro para uno, es para el otro destierro; y áun la gran Madrid algunos la reconocen madrastra. ¡Oh, gran felicidad topar cada uno y distinguir su centro! No anidan bien los grajos entre las Musas, ni los varones sabios se hallan entre el cortesano bullicio, ni los cuerdos en el áulico entretenimiento.

En la variedad de las naciones es donde se aprueban y áun se apuran al contraste de tan varios naturales y costumbres. Es imposible combinar con todas, porque ¿quién podrá tolerar la aborrecible soberbia de ésta, la despreciable liviandad de aquélla, lo embustero de la una, lo bárbaro de la otra, si no es que la conformidad nacional en los mismos achaques haga gusto de lo que fuera violencia?

Gran suerte es topar con hombres de su genio y de su ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor; fruición es el conversable rato, y felicidad la discreta comunicacion, especialmente cuando el genio es singular, ó por excelente ó por extravagante; que es infinita su latitud, áun entre los dos términos de su bondad ó su malicia, la sublimidad ó la vulgaridad, lo cuerdo ó lo caprichoso, unos comunes, otros singulares.

Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte á lo libre de la eleccion, que ordinariamente aquélla se adelanta y determina la mansion, y áun el empleo; y lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y áun cortesanes, sin consultarlo con el genio; que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prision forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.

Cuál sea preferible en caso de carencia, ó cuál sea ventajoso en el de exceso, el buen genio ó el ingenio hace sospechoso el juicio. Puede mejorarlos la industria y realzarlos el arte. Primera felicidad participarlos en su naturaleza heroicos, que fué sortear alma buena. Malograron esta dicha muchos y magnates, errando la vocacion de su genio y de su ingenio.

Compítense de extremos uno y otro, para ostentar á todo el mundo y áun á todo el tiempo un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y el segundo Carlos, porque no tuviese otro segundo, que á sí mismo y él solo se fuese primero. ¡Oh, gloriosas esperanzas, que en tan florida primavera nos ofrecen católico Julio de valor, y áun Augusto de felicidad!

DEL SEÑORÍO EN EL DECIR Y EN EL HACER.

DISCURSO ACADÉMICO.

Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesiodo Pandora. No la dió Pálas la sabiduría, ni Vénus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y ménos Marte el valor; pero sí el arte, con la cuidadosa industria, cada día la van adelantando con una y con

otra perfeccion. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir, que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito, y el magisterio alcanzado con el ejercicio.

Andan los más de los hombres por extremos. Unos tan desconfiados de sí mismos, ó por naturaleza propia ó por malicia ajena, que les parece que en nada han de acertar, agravando su dicha y su caudal, si quiera en no probarlo; en todo hallan qué temer, descubriendo ántes los topes que las conveniencias; y ríndense tanto á esta demasía de poquedad, que no atreviéndose á obrar por sí, hacen procura á otros de sus acciones y áun quererles. Y son como los que no se osan arrojar al agua sino sostenidos de aquellos instrumentos, que comunmente tienen de viento lo que les falta de substancia.

Al contrario, otros tienen una plena satisfaccion de sí mismos; vienen tan pagados de todas sus acciones, que jamas duraron, cuanto ménos condenaron alguna. Muy casados con sus dictámenes, y más, cuanto más erróneos; enamorados de sus discursos, como hijos más amados cuanto más feos; y como no saben de recelo, tampoco de descontento. Todo les sale bien, á su entender; con esto viven contentísimos de sí, y mucho tiempo; porque llegaron á una simplicísima felicidad.

Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura; y consiste en una audacia discreta, muy asistida de la dicha.

No hablo aquí de aquella natural superioridad, que señalamos por singular realce al héroe; sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, ó en la comprension de las materias, ó en la autoridad de los años, ó en la calificacion de las dignidades, que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido á las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuo manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias, y despues entra y sale con despejo; puede hablar con magistral potestad, y decir como superior á los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos despues de los puntos primeros.

No basta la mayor especulacion para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señorial.

Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas, la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos; cualquiera medianía, socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentacion.

Los que no tienen esta superioridad, entran con recelo en las ocasiones, que quita mucho del lucimiento, y más si se diere á conocer; del recelo nace luego el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y áun se pierden la accion y la razon. Ocupa el ánimo de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discursar, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que pende la perfeccion.

El señorío en el que dice, concilia luego respeto en el que oye; hácese lugar en la atencion del más crítico, y apodérase de la aceptación de todos. Ministra palabras y áun sentencias al que dice, así como el temor las ahuyenta, que un encogimiento hasta á helar el discurso, y aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversacion, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto; pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pié al desprecio de los otros, por lo ménos á la poca estimacion.

Bien es verdad que el varon sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad; como lo encargáremos en nuestros Avisos al Varon atento.

Con los príncipes, con los superiores y con toda gente de autoridad, aunque conviene y es preciso reformar esta señorial audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo á no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desanimado; no ocupe el temor de modo que no acierte á parecer, ni la audacia se haga sobresalir.

Hay condiciones de personas, que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de rogar; porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engriegen á intolerables; y éstos comunmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta.

Brilla este superior realce en todos los sujetos, y más en los mayores. En un orador es más que circunstancia. En un abogado, de esencia. En un embajador es lucimiento. En un caudillo, ventaja; pero en un príncipe es extremo.

Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas.

Realza grandemente todas las humanas acciones, hasta el semblante, que es el trono de la decencia. El mismo andar, que en las huellas suele estamparse el corazón, y allí suelen rastrearlo los juiciosos en el obrar y en el hablar con eminencia; que la sublimidad de las acciones la adelanta al doble la majestad en el obrarlas.

Nácese algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacie-

ron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señorial, áun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácense luego señores de los demas, cogiéndoles el corazón, que todo cabe en su gran capacidad; y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y áun de entereza, con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho, en la posesion.

Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazón; inclinados al ajeno gusto, y ceder el propio á cuantos hay. Éstos no nacieron para sí, sino para otros; tanto, que alguno fué llamado el de todos. Otros dan en lisonjeros, adulaadores, burlescos, y peores empleos si los hay. ¡Oh, cuántos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal!

Este coronado realce, como es el rey de los demas, lleva consigo gran séquito de prendas; síguete el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentacion, con otras muchas de este lucimiento. Quien las quisiere admirar todas juntas, hallarlas ha en el excelentísimo señor don Fernando de Borja, hijo del Benjamin de aquel gran Duque santo; heredado en los bienes de su diestra, digo, en su prudencia, en su entereza y en su cristiandad, que todas ellas le hicieron amado, no virey, sino padre en Aragon, venerado en Valencia, favorecido del grande de los Filipos en lo más, que es confiarle á su prudente, majestuosa y cristiana disciplina, un príncipe único, para que le enseñe á ser rey y á ser héroe, á ser fé-nix, émulo del celebrado Aquiles, en fe de su enseñanza.

Y aunque todos estos reales la veneran reina, atiende mucho esta gran prenda á que no la desluzcan algunos defectos, que como sabandijas siguen de ordinario la grandeza; puede tal vez degenerar por exceso, en afectacion, en temeridad imprudente, en el aborrecible entretenimiento, vana satisfaccion y otros tales, que todos son grandes padrastrós de la discrecion y de la cordura.

HOMBRE DE ESPERA.

ALEGORÍA.

En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo al palacio de la Ocasion.

Procedia con majestuosa pausa, como tan hechura de la madurez, sin jamas apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, Sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego. Aspecto venerable, que lo hermocean más los muchos días; serena y espaciosa frente, con ensanches de sufrimiento; modestos ojos entre cristales de disimulacion; la nariz grande, prudente desahogo de los arrebataamientos de la irascible y de las llamaradas de

la concupiscible; pequeña boca con labios de vaso atorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento porque no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y aún proceden los secretos, que se malogran comunmente por aborto; capaz estómago, hecho á grandes bocados y tragos de la fortuna, de tan gran buche que todo lo digiere; sobre todo, un corazón de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades, sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar un punto los límites de la razón. Al fin, toda ella de todas maneras grande: gran ser, gran fondo y gran capacidad.

Su vestir no era de gala, sino de decencia; más cumplido cuanto más ajustado, que lo alió el decoro. Tiene por color propio suyo el de la esperanza, y lo afecta en sus libreas sin que haya jamás usado otro, y entre todos aborrece positivamente el rojo, por lo encendido de su cólera primero y de su empucho despues. Ceñía sus sienes por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente.

Conducía la prudencia el grave séquito. Casi todos eran hombres, y muy mucho algunas raras mujeres. Llevaban todos báculos por ancianos y peregrinos; otros se afirmaban en los cetros, cayados, bastones y aún tiaras, que los más eran gente de gobierno. Ocupaban el mejor puesto de los italianos, no tanto por haber sido señores del mundo, cuanto porque lo superior ser españoles, franceses, algunos alemanes, y polacos, que á la admiración de no ir todos satisfecho la política juiciosa con decir que aquella su detenida comun causa procede más de lo helado de su sangre que de lo detenido de su espíritu. Quedaba un grande espacio de vacío, que se decía haber sido de la prudentísima nación inglesa; pero que desde Enrico VIII acá faltaban al triunfo de la cordura y de la entereza. Sobresalian por su novedad y por su traje los políticos chinas.

Iban muy cerca del triunfante carro algunos grandes hombres que los hizo famosos esta coronada prenda, y ahora en llevarlos á su lado mostraba su estimación. Allí iba el tardador Fabio Máximo, que con su mucha espera desvaneció la gallardía del mejor cartagines y restauró la gran república romana. Á su lado campeaba el baston de los franceses, consumiendo sus numerosas huestes con la detención y acabando con la vida y con la paciencia de Filipo. El Gran Capitan, muy conocido por su empresa, que sacó en Barleta aquella que con grande ingenio enseñaba á tener juicio y le valió un reino, conquistado más con la cordura que con la braveza. Antes de él, el magnánimo aragones forjando á fuego lento, de las cadenas de su prision una corona. Iban muchos filósofos y sabios y catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia.

Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa, que el mismo ir tropezando con sus muletas era lo que mejor le salía. Cerraba la Sazon por retaguardia, ladeada del Consejo, del Pensar, de la Madurez y del Sesó.

Era esto una muy tarde, cuando vivamente les comenzó á tocar arma un furioso escuadron de monstruos, que lo es todo extremo de pasión, el indiscreto empeño, la aceleración imprudente, la necia facilidad y el vulgar atropellamiento; la inconsideración, la prisa y el ahogo, toda gente del vulgacho de la imprudencia.

Conoció su grande riesgo la Espera, por no llevar armas ofensivas, faltar el polvorin, que es munición vedada en su milicia, por estar reformado el ímpetu y desarmado el furor.

Mandó hacer alto á la Detención, y ordenó á la Disimulación que los entretuviese mientras consultaba lo hacedero. Discurrióse con prolijidad muy á la española, pero con igual provecho.

Decía el sabio Biante, gran benemérito de esta gran señora de sí misma, que imitase á Júpiter, el cual no tuviera ya rayos si no tuviera espera. Luis XI de Francia votó que se disimulase con ellos, que él no había enseñado ni más gramática ni más política á su sucesor. El rey don Juan II de los aragoneses (que hay naciones de espera, y ésta lo es por extremo, y de la prudencia) la dijo que advirtiese que hasta hoy más había obrado la tardanza española que la cólera francesa. El grande Augustino coronó su voto y acertos con el *Festina lente*. El Duque de Alba volvió á repetir su razonamiento en la jornada sobre Lisboa.

Dijeron todos mucho en breve. Dilatóse más el Católico rey don Fernando, como príncipe de la política, y eslo mucho la Espera. «Sea uno, decía, señor de sí, y lo será de los demás. La detención sazona los aciertos y madura los secretos; que la aceleración siempre pare hijos abortivos sin vida de inmortalidad. Hase de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que nace de la tardanza. Tan presto como alcanza los cosas se le caen de las manos; que á veces el estampido del caer fué aviso del haber tomado. Es la Espera fruta de grandes corazones y muy fecunda de aciertos. En los hombres de pequeño corazón ni caben el tiempo ni el secreto.» Concluyó con este oráculo catalán: *Deu no pega de bastó, sino de sabó*.

Pero el gran triunfador de reyes, Carlos V, aquel que en Alemania, con más espera que gente, quebrantó las mismas penas, las duras y las graves, la aconsejó que si quería vencer pelease á su modo, esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo, mucho más obradora que la acerada clava de Hércules. Ejecutólo tan felizmente, que pudo al cabo frustrar el ímpetu y enfrenar el orgullo á aquellas más furias que las infernales, y quedó victoriosa, repitiendo: «El Tiempo y yo á otros dos.» Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente.

DE LA GALANTERÍA.

MEMORIAL Á LA DISCRECIÓN.

Tienen su bizarría las almas harto más relevantes que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón: llé-

vanse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior; y son más aplaudidas aquella del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce en nada comun, y aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular. No quepo en todos, porque supongo magnanimidad; y con tener tantos pechos un villano, para la galantería no la tiene.

Tuve por centro el corazón de Augustó, que excusándose conmigo venció la vulgar murmuración y triunfó galante de los públicos convicios, quedando más memorable grandeza de haberlos despreciado que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blason de grandes corazones y grande asunto mio, hablar bien del enemigo y aún obrar mejor, máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería.

Mi mayor lucimiento libro en los apretados lances de la venganza; no se los quito, sino que se los mejoro, convirtiéndola cuando más ufana en una impensada generosidad con aclamaciones de crédito.

Por este camino consiguió la inmortal reputación Luis XII, que siempre fueron galantes los franceses, digo, los nobles. Temíanle rey los que le injuriaron duque; mas él, transformando la venganza en bizarría, pudo asegurarles con aquel más repetido que asaz apreciado dicho: «Hé, que no venga el Rey de Francia los agravios hechos al Duque de Orleans; pero ¿qué mucho quepan estas bizarrías en un rey de hombres, cuando campean en el de las fieras? Puede el león enseñar á muchos galantería; que las fieras se humanan cuando los hombres se enfieren; y si degeneraron tal vez, fué (á ponderación de Marcial) por haberse maleado entre los hombres.

No estimo tanto las victorias que consigo de la envidia, si bien mi amor emula; solicitolas, pero no las blasono; nunca afecto vencimiento, porque nada afecto; y cuando los alcanza el merecimiento los disimula la ingenuidad.

Pierdo tal vez de mi derecho, para adelantarme más, y cuando parece que me olvido del decoro en el ceder, me levanto con la reputación en el exceder. Transformo en gentileza lo que fuera en vulgar desaire; pero no cualquiera; que las quiebras de infamia con ningún artificio se sueldan.

Fué siempre grande sutileza hacer gala de los desaires y convertir en realces de la industria los que fueron desfavores de la naturaleza y de la suerte. El que se adelanta á confesar el defecto propio, cierra la boca á los demás; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría; y al contrario de la aiabanza, en boca propia se ennoblece.

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las veras. Con un cortesano desliz, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces á muchos graves empeños, y saco airosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las espaciosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro á título del despejo, y á excusa de bizarría. Desembará-

V.-F.

zame tal vez de un recato majestuoso á lo humano, de un encogimiento religioso á lo cortés, de un melindre femenino á lo discreto; y lo que se condenara por descuido del decoro se disimula por galantería de condición; pero siempre con templanza, no deslice á demasia, por estar muy á los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios, para que sean más lucidas mis victorias; atropello muchos vicios para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectación, que jamás la supe hacer, y aborrezco de oposición toda poquedad, ya de envidia; ya de miseria. Precíome de muy noble y lo soy, hidalga de condición y de corazón. Tengo por empresa el gavilan, el galante de las aves, aquel que perdona por la mañana al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo; y prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela á la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

Todo grande hombre fué siempre muy galante, y todo galante héroe, porque ó supongo ó comunico la bizarría de corazón y de condición. Toda prenda campea mucho en el varón grande, y más cuanto mayor, porque juntas entónces la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfección.

Pareceré á algunos realce nuevo, pero no á aquellos que há mucho me admiran en aquella mayor esfera de mi lucimiento, el excelentísimo Conde de Aranda; aquel, digo, que ha hecho tantos y tan relevantes servicios á su Dios en culto, á su rey en donativo y á su patria en celo; aquel á quien debe más esplendor su real casa de Urrea, que á todos juntos sus antepuestos soles; aquel que ha eternizado juntamente su piedad cristiana y su nobilísima grandeza en conventos, en palacios y en hazañas, y todo esto con grande galantería, consiguiendo el inmortal renombre de bizarro, de galante, de magnánimo y héroe máximo de Aragon, á sombra de cuyo patrocinio llevo yo á darte ¡oh gran rey de lo discreto! este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y válidas prendas.

HOMBRE DE PLAUSIBLES NOTICIAS.

RAZONAMIENTO ACADÉMICO.

Más triunfos le consiguió á Hércules su discreción que su valor. Más plausible le hicieron las brillantes cadenas de su boca que la formidable clava de su mano: con ésta remedia monstruos, con aquellas aprisionaba entendidos, condenándolos á la dulce suspensión de su elocuencia; y al fin, más se le rindieron al teban discreto que valiente.

Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudición, que los hace bien recibidos en todas partes y aún buscados de la eterna curiosidad.

Un modo de ciencia es éste que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsese en los teatros del buen gusto y en el general tan singular de la discreción.

Hállanse unos hombres apreciadores de todo sazo-

nado dicho, y observadores de todo galante hecho; noticiosos de todo lo corriente en córtes y en campañas. Éstos son los oráculos de la curiosidad y maestros de esta ciencia del buen gusto.

Vase comunicando de unos á otros en la erudita conversacion, y la tradicion puntual va entregando estas sabrosísimas noticias á los venideros entendimientos, como tesoros de la curiosidad y de la discrecion.

En todos los siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente los habrá no ménos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la ventaja de primeros; y lo que á los modernos les ocasiona envidia, á ellos autoridad: la presencia es enigma de la fama. El mayor prodigio por alcanzado cayó de su estimacion: la alabanza y el desprecio van encontrando en el tiempo y en el lugar, aquélla siempre de léjos y éste siempre de cerca.

La primera y más gustosa parte de esta erudicion plausible es una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa, trascendiendo á las córtes más extrañas, á los emporios de la fortuna. Un práctico saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas, que es cognicion entendida, observando las acciones mayores de los príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza y las monstruosidades de la fortuna.

Goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo picante en sátiras. Atiende á los aciertos de una monarquía con felicidad, á los desaciertos de la otra con desdicha. Ni perdona á los estruendos marciales en armadas por la mar, en ejércitos por tierra, suspension del mundo, empleo mayor de la fama, ya engañada, ya engañosa.

Su mayor realce es una juiciosa comprension de los sujetos, una penetrante cognicion de los principales personajes de esta actual tragi-comedia de todo el universo; da su definicion á cada príncipe y su aplauso á cada héroe. Conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, entendidos y sobre todo santos, astros todos de primera magnitud y majestuoso lucimiento de las repúblicas. Dale su lugar á cada uno, quilatando las eminencias y apreciando su valor. Pone tambien en su juiciosa nota lo paradoxo de un príncipe, lo extravagante del otro señor, lo afectado de éste, lo vulgar de aquél, y con esta moral anatomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito á la verdad. Esta cognicion superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre sacar la enseñanza, si no la admiracion, y por lo ménos la noticia.

Sobre todo tiene una tan sazónada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos: las sentencias de los prudentes, las malicias de los críticos, los chistes de los áulicos, las sales de Alenquer, los picantes del Toledo, las donosidades del Zapata y áun las galanterías del Gran Capitan, dulcísima munición toda para conquistar el gusto.

Más subiendo de punto y tiempo, tiene con letras de aprecio las sentencias de Felipe II, los apoteogmas de Carlos y las profundidades del Rey Católico. Si bien los más frescos, y corriendo donaire, son los que tienen más sal y los más apetitosos; los flamantes hechos y modernos dichos, añadiendo á lo excelente la novedad, recambian el aplauso; porque sentencias rancias, hazañas carcomidas, es tan cansada como propia erudicion de pedantes y gramáticos.

Más sirvió á veces esta ciencia usual, más honró este arte de conversar, que todas juntas las liberales. Es arte de ventura, que si la da el cielo, poco de aquéllas basta, digo, para lo provechoso, que no para lo adecuado. Ne excluye las demas graves ciencias, ántes las supone por basa de su realce; así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta parte de discrecion sobre alguna otra grande eminencia, cae como esmalte. Lo que dice es que ella es la hermosura formal de todas, realce del mismo saber, ostentacion del alma, y que tal vez aprovechó más saber el escribir una carta, acertar á decir una razon, que todos los Bártulos y Baldos.

Varones hay eminentes en esta galante facultad; pero tan raros son como selectos tesoros de la curiosidad, emporios de la erudicion cortesana, que si no hubiera habido quien observára primero y conservára despues los heroicos dichos del Macedon y su padre, los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior.

Cuando encontrases con algun valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha del mediodia, logra la ocasion, disfruta las sazónadas delicias de la erudicion; que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruicion se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazónado y entendido.

Siempre nos lleva á buscar á otro la concupiscencia propia, ya interesal, ya desvanecida; mas aquí gustosa por lo agradable del saber, por lo apetitoso del notar. No seas tú de aquellos que bárbaramente se envidian á sí mismos el gusto del saber, por deslucirle al otro el aplauso del enseñar.

Vuelven algunos de los emporios del mundo, tan á lo bárbaro como se fueron; que quien no llevó la capacidad, no la puede traer llena de noticias; llevaron poco caudal, y así hicieron corto empleo de observaciones; mas el discreto, como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de lo más florido, que es lo más granado. No es la ambrosía para el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar; que en éstos nunca salen de su rincón ni el gusto ni el conocimiento; no dan ni un paso más adelante de lo que tienen presente.

Ponen otros su felicidad en su vientre, sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil; de las potencias superiores no se valen ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendi-

miento. De aquí es que muchos de los señores no llevan ventaja á los demas, sino en los objetos de los sentidos, que es lo ínfimo del vivir, quedando tan pobres de entendimiento, como ricos de pobres bienes. No vive vida de hombre sino el que sabe. La mitad de la vida se pasa conversando. La noticiosa erudicion es un delicioso banquete de los entendimientos, y destínase este realce de la mayor discrecion al mejor gusto del excelentísimo marqués de Colares, don Jerónimo de Ataide, pues se ideó de su noticiosa erudicion. Será algun dia desempeño de mi veneracion el docto lucimiento de su asunto, la inmortalidad de sus obras.

NO SEA DESIGUAL.

CRISIS.

No se acreditan los vicios por hallarse en grandes sujetos, ántes bien ofende más la mancha en el brocado que en sayal. Es la desigual achaque de grandes y áun de príncipes, en algunos por naturaleza, en los más por afectacion.

Es de mar su condicion y áun para marear, que hoy lisonjea lo que mañana abomina, y en dos inmediatos instantes no levanta en el uno hasta las estrellas, sino para abatir en el otro hasta los abismos.

En tan anómalo proceder suelen perderse los bisoños, cuando ganarse los expertos; que hay grandes maestros del arte de marear en palacio; á éstos les es materia de risa, como á escarmentados, lo que á aquéllos de confusion; animanse unos con lo mismo que otros desmayan, porque saben que la misma mudanza que hoy atormenta con el desvío, mañana rogará con el favor. Está el remedio en el mismo origen del mal, que es la ordinaria desigualdad.

Oh el prudente, ¡qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡qué señor mide los golfos! ni se paga de sus finezas, ni se rinde á sus sequedades; porque no se le hace nueva cualquiera mudanza en sus extremos.

Ni se funda tan monstruosa desigualdad en la razon, que toda es acaso, y los ménos acordados. No depende de causas ni de méritos, que el mudarse con las cosas áun sería excusable, y tal vez cordura. Lo que hoy es el blanco de su sí, mañana es el negro de su no, y ahora gusto lo que despues desabrimiento, uno y otro sin por qué, para proseguir ó perseguir de balde.

Es trivial achaque de soberanos lo antojadizo, que como tienen tan exento el gusto, da en vaguear. En los mayores suele niñear más, y le parece que es ejercitar el señorío en ya querer, ya no querer.

El varón cuerdo siempre es igual, que es crédito de entendido, ya que no en el poder, en el querer; de suerte, que la necesidad violenta las fuerzas, pero no los afectos; y áun entonces preceden á su mudanza en todas las circunstancias en su abono, atestiguando que no es variedad, sino urgencia.

No sólo son estos altibajos con las personas, pero con las virtudes, para llevarlo todo parejo. Notable

desigualdad la de Demetrio, bien censurada de muchos. Era cada dia otro de sí mismo, y en la guerra muy diferente que en la paz, porque en aquélla era centro de todas las virtudes, y en ésta de todos los vicios; de suerte que en la guerra hacia paces con las virtudes, y volvía á hacerles guerra en la paz; tanto pueden mudar á un hombre el ocio ó el trabajo.

Pero ¡qué desigualdad más monstruosa que la de Neron? No se venció á sí mismo, sino que se rindió; algunos á sí mismos buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfeccion; pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose á la deterioridad.

Si la desigualdad fuera de lo malo á lo bueno, fuera buena; y si de lo bueno á lo mejor, mejor; pero comunmente consiste en deteriorarse, que el mal siempre lo vemos de rostro, y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Diránme que todo es desigualdades este mundo, y que sigue á lo natural lo moral. La misma tierra que se empina en los montes, se humilla despues en los valles, solicitando su mayor hermosura en su mayor variedad; ¡qué cosa más desigual que el mismo tiempo, ya coronándose de flores, ya de escarchas? Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene á ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado, ¡qué mucho que cifre en sí la variedad? No será fealdad, sino una perfecta proporcion, compuesta á desigualdades.

Pero no hay perfeccion en variedades del alma, que no dicen con el cielo. De la luna arriba no hay mudanzas. En materia de cordura, todo altibajo es fealdad. Crecer en lo bueno es lucimiento, pero crecer y decrecer es sutileza, y toda vulgaridad desigualdad.

Hay hombres tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto; en unos puntos discurren que vuelan, en otros, ni perciben ni se mueven. Hoy todo les sale bien, mañana todo mal, que áun el entendimiento y la ventura tienen desiguales. Donde no hay disculpa es en la voluntad, que es crimen del albedrío, y su variar no está léjos del desvariar. Lo que hoy ponen sobre su cabeza, mañana lo llevan entre piés, por no tener piés ni cabeza. Hacen con esto tan enfadosa su familiaridad, que huyen todos de ellos, remitiéndolos al vulgar averiguador que los entienda. Sóbrale al mar de amargura lo que le falta de firmeza, pareciéndolos que se le fian sin estrella.

Mudó sin duda la fama á Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad, discrecion, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza en aquellos dos héroes consortes, el excelentísimo señor duque don Francisco de Borja y la excelentísima duquesa doña Artemisa de Oria y Colona, gran señora mia. Participando ínclitamente entrambos de sus esclarecidos timbres el eterno blason de su firmeza, en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado, en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto; siempre los mismos y siempre heroicos,